

Cristianismo (contexto histórico-filosófico)

La religión cristiana procede del judaísmo. Ésta es la primera religión monoteísta, si bien presenta características nacionalistas al considerar que Yahvé ha elegido a un pueblo y al adquirir la religión tintes políticos en relación con el enfrentamiento del pueblo judío con el Imperio Romano, al cual estaban sometidos. En este contexto se enmarca la proliferación de mesías que, con la intención de enfrentarse al Imperio, van surgiendo entre las clases de judíos más desfavorecidos, se retiran al desierto, allí hacen proselitismo, reúnen un grupo de seguidores y organizan acciones terroristas con la finalidad de desestabilizar el poder de Roma.

Uno de estos mesías es Jesús de Nazaret que fue entregado al por el entonces gobernador Poncio Pilato por la clase sacerdotal judía debido al temor de que los desórdenes provocados por estos aborotadores pudieran suscitar la reacción desmesurada del gobernador. Abandonado por los suyos, fue torturado, humillado y crucificado. Asunto zanjado.

Pero he aquí que sus seguidores, haciendo gala de una radical transformación espiritual que les impulsó a superar su temor inicial, se muestran abiertamente afirmando que Jesús había resucitado. No fue posible encontrar su cuerpo y demostrar así que lo engañoso de tal afirmación. A partir de ese momento se inicia el crecimiento de manera exponencial, lo que incluye a antiguos perseguidores, como Paulo de Tarso. Sus enseñanzas se transmiten mnemotécnicamente como “buenas noticias” (evangelios) y acaban redactándose por escrito. Cuatro de esos escritos constituyen el Nuevo Testamento, redactados por dos apóstoles, Mateo y Juan y dos personas, Marcos y Lucas, afines los apóstoles Pablo y Pedro respectivamente que presentan un raro grado de coincidencia, inusual en las fuentes antiguas y, a pesar de la insistencia de Jesús en cumplir todo lo profetizado por la ley los profetas, muestran un mensaje que sobrepasaba claramente el de Moisés, hasta el punto que algunos exégetas han interpretado el cristianismo como el resultado de una inversión de judaísmo que se caracterizaría por:

En primer lugar, la **universalidad**. Frente a una región de un pueblo que parece pretender la victoria y el dominio sobre los restantes pueblos de la Tierra, el Dios cristiano aparece como Dios de todos los hombres¹.

De la universalidad se deriva la **igualdad**, pues todos los hombres son hijos de Dios. Frente a la desigualdad natural de los humanos, característica del pensamiento greco-romano, el cristianismo presenta a los seres humanos como esencialmente iguales, siendo sus decisiones personales las que le proporcionen el **mérito** que les haga merecedores de la felicidad eterna.

¹ En este sentido se especula con la influencia que pudo tener la brutal represión romana que en el año 70 destruyó Jerusalén y saqueó e incendió el templo y demolieron sus fortalezas.

La idea de “mérito” implica la **libertad**, al presentar al hombre como poseedor del “libre albedrío”, mientras que las filosofías antiguas, especialmente las estoicas y epicureístas imperantes en la época del Imperio, eran filosofías de la necesidad.

Además, el cristianismo se caracteriza también por:

La idea de “**Creación** ex-nihilo”, que no está presente en la filosofía griega.

La idea de “**Trascendencia**”.

Vemos, pues, que la mentalidad cristiana se opone frontalmente en aspectos fundamentales de la concepción de la realidad y del sentido de la vida humana, tanto a la religión judía, en la concepción del amor como el camino a la salvación, como a la filosofía greco-romana, cuyas corrientes dominantes en los tiempos del Imperio fueron el **epicureísmo**, con el que es incompatible debido a su materialismo atomista y su determinismo, así como a la negación de la inmortalidad; el **estoicismo**, que si bien en algunos aspectos, como el cosmopolitismo, la afirmación de que el mundo está regido por el logos, o su moral del esfuerzo y sacrificio, podrían ser fácilmente asimilables, adquirirán sin embargo un sentido muy diferente al del panteísmo estoico.

El **platonismo** fue entonces la corriente filosófica que dejó huella más profunda en el cristianismo primitivo fue, que contaba con una fuerte inspiración religiosa. De hecho, tras la muerte de Marco Aurelio (180 d.C.) el estoicismo inicia su decadencia. Las sucesivas crisis políticas, económicas y militares que asolan el Imperio romano durante el siglo III tienen como consecuencia una revalorización de la espiritualidad que el estoicismo no puede afrontar, surgiendo el Neoplatonismo, que, a partir del 250 d.C., desplazará al estoicismo como principal doctrina de las élites². Para el año 300, la única de éstas capaz de objetar algo al cristianismo es el neoplatonismo, y el triunfo de aquél sentencia definitivamente al movimiento helenista en general, que formalmente concluye en el 529 d. C., cuando Justiniano cierra las escuelas filosóficas de Atenas (el Liceo, la Academia, la Stoa). El platonismo presentaba una teoría de la realidad que oponía radicalmente el mundo sensible y el de las apariencias. El mundo de las ideas, prototipos inmutables de las cosas, es el único, eterno y coherente. Platón ya identificó la idea del Bien con Dios. El hombre no se realiza plenamente, sino en el conocimiento del Bien. Los platónicos, pues, tenían una estructura dualista del Universo con una oposición entre el mundo de las ideas y el mundo sensible, entre el alma inmortal y el cuerpo. Teorías todas que, salvo la **preexistencia del alma**, podían ser asimiladas fácilmente por los cristianos, aunque se procederá a una modificación del esquema platónico Ideas-Demiurgo-Jôra, al integrar las dos primeras en la idea de Dios y prescindir del ya de por sí problemático concepto de la Jôra, que se sustituye por la doctrina de la creación.

² El giro cultural de esta época provoca que el plan de vida estoico pase a ser negativamente considerado; será esencialmente en esta época en la que el estoicismo se ganará su fama de envarado y rígido.